

## LA CRISIS NO MODERNA DE LA UNIVERSIDAD MODERNA

Por WILLY THAYER. 18

Editorial Cuarto Propio,  
Santiago, 1996,  
239 páginas<sup>1</sup>.



¿Qué es este libro? ¿Es un reportaje, una crónica, un análisis de coyuntura; es acaso un compendio sintomatológico, una evaluación o un diagnóstico, una reflexión trascendental, un zurcido de fragmentos, un *clip*? Algún lector desconcertado pensará quizá, que es una pizca de cada cosa. Eso haría de este libro un *pot-purri*, un notorio centón. Aunque, lo concedo, esta impresión no carecería de asidero, sería más bien superficial. Desde luego, se trata de un libro de múltiples entradas. Pero no por eso es dócil a lecturas diversas. Una reticencia fundamental lo habita. El carácter

libro de filosofía, radicalmente; su único asunto es la verdad. Por eso habla de la universidad y de su crisis. Habla de la universidad, porque ella ha sido, en la historia occidental, ámbito privilegiado de la verdad, de su enseñanza y su búsqueda, espacio socialmente consagrado de su culto. Si es válido afirmar —como se hace con sobrada insistencia— que hoy, y por todas partes, la universidad está en crisis, no basta detenerse en los aspectos administrativos y organizacionales, en los problemas de gestión con los que suelen lidiar, más o menos ciegamente, las autoridades universitarias, ni tampoco en los desafíos y demandas de las sociedades en vísperas del tercer milenio, ni siquiera en los problemas inmanentes que plantea la dinámica del conocimiento y de la innovación tecnológica. Una consideración rigurosa exige hacerse cargo de lo que esa crisis significa para la verdad. Thayer supone que, en un cierto sentido, significa *todo*.

De ahí el “tono apocalíptico” que se vuelve, a ratos, dominante, equívocamente dominante en el libro. La lectura desprevenida creará reconocer en él un desánimo radical: “el desánimo de esas enfermedades asintomáticas que deterioran a lo largo del tiempo, y que cuando nos percatamos de su existencia, nos han debilitado al punto que carecemos de moral para enfrentarlas”(169). Confesión de *impasse* irremontable, de enervación y debilidad (retengamos esta palabra), *La crisis no moderna...* aportaría su correspondiente dosis al narcótico con que se dopa buena parte de la *intelligentsia* finisecular; de la nuestra, también. (Y, dicho sea de paso, no importa que su pose sea de amargura desvencijada o de frescura juvenil; como el ente, el desgano se dice —y se viste— de muchos modos.) Pero el apocalipsis es un estilo de la verdad. Este libro lo hace sentir enérgicamente.

de cuerpo presente, quiere inducirnos a entender que asistimos, aun sin saberlo y sin siquiera percibirlo, al último apocalipsis: el de la imposibilidad de todo apocalipsis: "El pensamiento apocalíptico ya no puede resignificar(se) mediante ninguna representación del final" (201), escribe Thayer en el referido epílogo.

Es un libro reticente, decía. Pero no se trata de que su argumento permanezca recóndito. Las tesis que lo vertebran son, me parece, muy manifiestas. El libro enfoca la situación de la universidad en la transición. Sostiene que la transición no es un trance, sino una condición, pero una condición esencialmente evasiva. Bajo esa condición, la universidad estaría finiquitada, pero de manera tal que su fin podría mantenerse en un suspenso permanente. La relación fundamental de la universidad con el Estado y la nación, característica de la modernidad no rige más, en la medida en que el Estado mismo ha ingresado en la zona difusa de la transición. Lo que impera es el mercado, el "telemercado", si se quiere.

Desde luego, el empleo del término "transición" puede resultar engañosamente restrictivo si se lo refiere exclusivamente a los avatares y las parálisis de nuestro proceso particular. Sin perder de vista esta incidencia local, Thayer entiende la transición en términos *generales*, para no decir absolutos. La transición es el contexto de este texto, y, según éste, de todo texto posible hoy, sobre todo si se trata del texto universitario. La generalidad de este contexto es *sui generis* en la medida en que no es

cia. (Y éste es precisamente el apocalipsis peculiar, que, más que concebir, ilustra este libro).

Pero el cautiverio contextual de los conceptos, del pensamiento que los piensa y que piensa en ellos, es sólo la mitad del hecho fundamental que se reporta en este libro. La otra mitad consiste en que ese cautiverio se preparaba en el fondo del proyecto de la propia universidad, de la universidad moderna. No sólo pertenece la universidad a la crisis, no sólo queda circunscrita en ella, sino también, y sobre todo, la ha premeditado sin cesar, *nolens volens*, hasta verla consumada sin reservas. La universidad ha sido la institución de la categorialidad. En el cuerpo de su nombre lleva tatuado este compromiso: la universidad es el sitio de lo universal, ya sea que se la afirme desde la confianza dogmática en un orden prescrito de los contenidos del saber o desde el proyecto enciclopédico o positivista de su progreso, ya sea que se la conciba como el reflejo del espacio de lo trascendental. Sólo ha faltado, a lo largo de su historia, que esta trascendentalidad se torne fáctica, que quede capturada por la facticidad. Es lo que ocurriría en nuestro presente transitivo. Y conste que esto no es lo mismo que la realización de una idea o que una profecía autocumplida... ¿suena todo esto muy sobreinterpretado, quizás? Thayer se apoya en un conjunto de análisis recientes (Derrida, Foucault, Lyotard, Baudrillard) que, de una manera u otra, destacan el proceso de la informatización de la sociedad como un cambio epocal que, entre otras cosas,

histórica del saber y sus prácticas y en la disposición de su propio *pathos*. En este sentido, la crisis de la que habla Thayer estriba, me parece, en que aquella relación se ha actualizado sin reservas, disipando, precisamente, lo que se tenía por *esencia* de la universidad, la cual se manifestaría hoy por hoy como resabio postrero y como hedor a muerto. Pero, claro, esa actualización (que, vista desde dentro de la universidad es harto notoria: basta considerar cómo se decide sobre la mantención, el cambio y la generación de los programas académicos) corre a parejas con una evanescencia de la especificidad del poder político y de la consistencia misma de lo social. La “esencia de la universidad” colapsa en la medida en que no tiene sobre qué proyectarse, puesto que todo se ha vuelto juego de proyecciones y reflejos, contexto aparentemente ilimitado, ilimitado en cuanto aparente.

Un par de veces he evocado el nombre de Derrida. Las aseveraciones de Thayer que vengo a parafrasear fijan el punto en que sus devaneos se apartan de lo que bajo ese nombre se ha dicho sobre la universidad. En una conocida conferencia<sup>3</sup>, Derrida concluía reivindicando una cierta distancia de la universidad respecto de la sociedad, tomando como motivo la suposición de que la Universidad mantiene con ella una relación “representativa”, incluso “refleja”. Pero este “reflejo” sólo es posible sobre la base de un tiempo de la “reflexión”, que separa —que “diso-

Esto querría decir que, consideradas las cosas en una perspectiva estricta, ni a partir de una esencia (una nueva fundación de su sentido, por ejemplo), ni tampoco como acontecimiento, tendría curso ya la universidad. Ya no dispondría de ningún fondo (fuese éste sustancia o posibilidad); sobregirada históricamente, le convendría realinearse en una nueva estructuración de los saberes, de la cual ya no podrá formar más el centro. Tal sería el efecto general de una crisis —y ésta no es una crisis cualquiera, es la modernidad como crisis, y es la crisis como tal— que ha terminado reventando desde dentro: “Tampoco se trataría de una crisis de conceptos ante la irrupción de nueva categorización universitaria de relevo; de la emergencia y reposición de un discurso frente a la derrota de otro. Se trataría más bien de la crisis del discurso, de lo categorial en cuanto tal. Crisis de la filosofía que no puede, por lo mismo, ser controlada ni regulada desde el discurso. Al menos no desde el discurso filosófico, para dejar abierta la posibilidad de otro discurso, no filosófico, que pudiera habernos de la universidad. Carecemos de categorías para analizar el acontecimiento de la crisis de las categorías —incluida la categoría de “crisis”, tan recurrente en este escrito—.” (44s)

sitariamente de la universidad?" implica, entonces, la pregunta "¿cómo no hablar —hoy— universitariamente, en general?". Lo que equivale a decir que la experiencia catastrófica de la lengua a que me refería es inseparable, en la percepción de Thayer, de una catástrofe de la experiencia, que se cumple, ante todo, con su conversación informática en archivo: "La experiencia sería aquello en lo cual toda información se funda; la información sería aquello en lo cual toda experiencia se borra. (...) La informatización o modernización cabal de la realidad traería consigo el olvido de la experiencia". (63).

Doble catástrofe, pues, que nos sitúa en el espacio de la debilidad, esto es, en el espacio de la lengua como debilidad, de su salida de madre, aparentemente, sin vuelta. Digo esto, porque bien entendida, es decir, comprendida a partir de la madre, la lengua es el espacio de conflicto agudo entre lo categorial y lo experiencial. Una lengua fuerte es una lengua que puede instalar ese espacio e instalarse en él. Y no, meramente, con el propósito de reivindicar determinadas experiencias contra la categorialidad, o de ejercer el vigor reductivo necesario para organizar la experiencia categorialmente, sino que es fuerte una lengua que logra sobrevivir en ese conflicto, que logra mantenerse en esa tensión y hacérsela presente a quienes actúan en ella, a quienes la habitan. La debilidad de la lengua tiene que ver con el hecho de que la imposibilidad entre

nómade. No representacional ni trascendentalista; sino fáctico e inmanente. Un pensamiento eventual del evento que difiera a la universidad del reflejo condicionado mercantil en que se halla sumida, expropiándose de toda autoría" (*ibid*). Tiendo a discrepar del sentido que me parece colegir de este catálogo; no veo cómo este "pensamiento dispersivo" (si es válido darle este apodo) podría rescatarse de su inmersión total en la fascinada y fascinante obnubilación de la facticidad contextual, cuyo presente transitivo podría ser descrito en términos perfectamente similares a los que acabamos de leer. Por eso, no creo que lo que aquí se promueva sea aquello que en el mismo libro se denomina, con dejo de ambigüedad, la "universidad nietzscheana". En el momento en que se trata de decidir qué podría ser una universidad "resistente" en un contexto donde todo está en proceso de globalización, me temo que esa suerte de universidad atea y ateleológica podría parecerse *en los hechos* (y eso es precisamente lo que cuenta cuando se trata del "pensamiento en la facticidad", como se titula el breve acápite final del que extraje las últimas citas), podría parecerse demasiado, digo, a un efecto —o incluso a la forma misma— de la globalización.



habría que agregar, de seguro, a Wittgenstein). Me parece interesante que se apele justamente a un momento pre-universitario, "salvaje" o "bárbaro", y radicalmente filosófico, en el cual se anuncia quizás —y esto podría ser el otro apocalipsis del texto— algo así como un momento póstumo, un momento que no es, simplemente, un más allá de la crisis, sino el despertar de su *condición* como aquello que falta en el contexto; más aún: como aquello cuya falta hace posible la saturación del contexto.

Desde aquí puede entenderse quizá por qué impera en este libro por todas partes, la gramática de lo *condicional* ("habría", "sería", "podría", etc.), es decir, la gramática de un *presente* condicional, que es *este* presente nuestro; un presente condicionado por el eclipse de la condición, que por eso mismo turba —turbaría— las formas en que nos habíamos habituado a hacernos cargo reflexivamente del presente, y, ante todo, la forma moderna de la crítica. Esa gramática quiere marcar el lugar en que nos hallamos: un lugar indeciso entre la fuerza y la debilidad,